



Alirio Liscano

Nació en Barinas, 1943. Es Profesor Titular de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes (ULA), Mérida, Venezuela. Ensayista, poeta y narrador. Ensayos: *Crisis en el Caribe* en 1960. La lucha entre Rómulo Betancourt y Rafael Leonidas Trujillo; *Bolívar en tres perfiles. Ensayo de aproximación a sus ideas fundamentales*. Poesía: *La palabra insomne*; *La Púrpura impetuosa*; *Pleamar*; *Perfume de mujer*. Narrativa: *Médanos blancos*.



Alirio Liscano



En el esférico mundo de la literatura -muy ancho y matizado- la poesía, el cuento y la novela comparten un mismo origen y un vínculo inmovible. Es imposible desatar los nexos que, en rigor, tiene la narrativa con lo poético. Entre la novela y el cuento, el parentesco es estructural. El nexo de la poesía con los dos exponentes de la narrativa es espiritual y estético. La novela y el cuento tienen distensión y vigor distintos. La primera puede parecerse un cuento de largo aliento que se bifurca en escenarios e historias paralelas. El cuento es puntual, aligero y de raudo desarrollo. Como Juan Bosch afirmara: la novela es extensa: el cuento es intenso.

Alirio Liscano, autor de ensayos históricos, como *La Crisis en el Caribe en 1960*. La lucha entre Rómulo Betancourt y Rafael Leonidas Trujillo; *Bolívar en tres perfiles*; libros de poesía como *La palabra insomne* (poemas viajeros, 2003) y la *Púrpura impetuosa* (2004), para esta selección aporta seis cuentos que constituyen un mirador a las fascinaciones personales y al universo espacial del autor. Relatos sobre el destino, la fatalidad y las sinrazones humanas de personajes reales y de ficción que regresan desde las páginas de los libros históricos o desde su brumosa fantasmagoría, para recordarnos que la literatura como la vida, no es lineal y que, el escritor, puede más allá de los trazos convencionales de la ficción y del dominio de la “tekné” del género, aprovechar el arte de la poesía para elevar el contenido de sus historias.

Arturo Mora-Morales





Portobelo

Por fin aquí, en tu bahía, Portobelo. Tanto tiempo esperé para encontrarte. Vine a ti navegando el mar en autobús, sobre volutas de tabaco hechizado, con agua salobre en cada orilla, palmeras bailando sin tambor y un paisaje de pieles navegantes.

Tierra de negros, hombres y mujeres de ébano, olorosos a sudor, con camisas de todos los colores, bocas de porcelana y caras doradas por la risa. Y ese pegajoso bullicio caribeño, que es voces sobre voces, porque nadie habla y todos gritan, mientras en la radio restalla el vallenato y el conductor, que es un baquiano del oleaje, saluda, uno a uno, a los compadres que se topa en el camino.

Portobelo, tu Nazareno Negro; tu Iglesia de San Juan de Dios, convento, hospital y cementerio; el Padre Antonio, tu buen pastor en la Casa Cural; y tus murallas invictas, aún en pie y rasgadas por cañones, desde donde se divisan agresivos los galeones y bajeles, de piratas y corsarios, que, aunque lo intentaron muchas veces, jamás pudieron doblegarte.

Portobelo, ciudadela de la pólvora, fortaleza irreductible, bóveda de la magia, paraíso de santeros y palenques, corre tanta historia por tus venas que no sabes, que por tus calles, cuando la tarde desfallece, se pasean en coloquio, con luz de luna nueva, las almas liberadas de los españoles Picornell, Campomanes, Andrés y Lax, junto con las voces





emancipadoras de los venezolanos Manuel Gual y José
María España, eternos insurrectos.



Portobelo, hermana inmortal de Cartagena, se conoce
poco tu tamaño, ¡¡¡pero nadie sospecha tu grandeza!!!





El perfume de mi padre

Ahí estaba, ahí venía, su imagen sobresalía en medio de la comitiva de personas que acompañaba al señor Gobernador, alto funcionario que, de inmediato, procedería a la inauguración del céntrico parque.

Los asistentes al acto, una masa elevada de personas, preparados para la ceremonia, habían esperado durante una hora, en actitud expectante, la llegada de la alta autoridad política que procedería a cortar la cinta y a inaugurar aquella obra pública.

Se notaba la presencia de algunas escuelas cercanas que, con autoridades, maestras y maestros al frente, intentaban mantener en orden a los inquietos alumnos, ahora, tal vez, un poco más alterados porque conocerían al primer mandatario regional.

Tres hectáreas de bosque en el corazón de la ciudad, no eran un dato insignificante, si se toma en cuenta el explosivo auge vehicular y el ritmo agitado que, ya entonces, en forma creciente, iba tomando la urbe.

Los árboles, las flores, la grama, el clima sombrío, el aire puro, la vegetación, el agua, la frescura que reinaba, eran una invitación a quedarse, sobre todo para los vecinos que, con sus familiares y parientes, especialmente los niños, de inmediato, ocuparían aquel lugar buscando esparcimiento y descanso.





La presencia de mi padre destacaba en el grupo. Era un hombre atractivo, elegante, dulce. Ese día vestía un traje de lino, impecablemente blanco, camisa blanca también y zapatos negros lustrosos, vestimenta que terminaba con una corbata blanca de rayas negras, que bajaba hasta arriba del cinturón. Su figura, estoy seguro, formaba parte de su concepto de la masculinidad. Era su “look” frente a las mujeres.

Como siempre, llevaba sus lentes claros de montura negra, los cuales resaltaban su tez blanca. Su barba lucía bien afeitada y su pelo oscuro, un poco cano por los parietales, igualmente bien peinado. “No le falta nada”, me dije para mis adentros, mientras pensaba en su inteligencia superior.

Bien vestido y perfumado, me había dicho en la casa, cuando ambos nos preparábamos para el mencionado acto inaugural. Bien vestido y perfumado, me había repetido tantas veces. Creía que “el hombre debía cultivarse por dentro y por fuera”. Apreciaba mucho al hombre culto, formado, “estudiado”. Pero, de igual forma, creía en la buena apariencia personal, en eso que él llamaba “estar siempre bien presentado”.

Bien vestido y perfumado estuvo toda su vida. ¿Autoestima? ¿Sentido de la hombría? ¿Culto de la imagen? ¿Cultura de familia? No sé. Quizás no era ninguna, o eran todas esas razones. En todo caso, así vivió y así murió. Este detalle suyo es imborrable.

Bien vestido y perfumado me aconsejó siempre. Bien vestido, fue lección que aprendí rápidamente. Perfumado, no tan pronto. No me gustaba mucho su agua de colonia Jean Marie Farina For Men, de la casa francesa Roger&Gallet.

Igual, comencé a usarla, era cómodo, la tenía en casa.



Amigos Verdaderos

“Cleto se está ahogando”, es la voz que retumba entre la gente. Lo que sucedió después no podría describirse. La exclamación, acompañada de lamentos y sollozos, recorrió el espinazo del río, derramando las ollas y partiendo el cristal de las botellas.

Nunca olvidarían ese Viernes Santo los habitantes de aquella población, cuando José, desesperado, se lanzó a las aguas agresivas del Masparro, para sacar a su amigo Cleto y traerlo hasta la orilla.

Los ríos, al crecer, arrastran toneladas de lodo en sus crespones. Pero, también arrastran otros materiales. Es frecuente observar, a flor de la corriente furiosa, árboles, animales y algunos objetos.

Es señal dolorosa, descubrir en la creciente, un triciclo, un colchón, o una olla de cocina. O, una mata de plátanos, un perro y sobre una rama mojada, una iguana que se muere de miedo. O sea, el río, con su fuerza infernal, destruye todo, arrasa con casas, sembradíos y hasta personas. El caudaloso Masparro es uno de esos ríos temibles.

Cleto y José eran amigos desde niños, desde los días en la escuela, aunque, socialmente, estaban ubicados en franjas diferentes. Cleto, era el primero de una familia humilde, hijo de Selenio. Era de carácter alegre, simpático, festivo, con mucha chispa. Su padre, bastante parecido a un





alcohólico, vivía en el mundo de la fantasía. Su monomanía eran los platillos voladores, la existencia de otros mundos y los viajes espaciales. Era un “astronauta” de vocación.

Selenio era famoso porque, con su imaginación asombrosa, cada día contaba un nuevo vuelo que había realizado la noche inmediatamente anterior hacia otra galaxia. Unas veces el relato se ubicaba en Andrómeda, otras en Orión y otras en Alfa Centauro.

Y, curiosamente, siempre el cuento de Selenio, era una historia inédita. No repetía los escenarios, tampoco los personajes, mucho menos los hechos. Naturalmente, Selenio siempre estaba presente en esas expediciones, en plan protagonista. La madre de Cleto, una señora regordeta y bonachona, sonreía ante cada “historia” de Selenio.

José, por su parte, era un muchacho especial. Su padre Armando, era el director de la escuela, lo cual le brindaba cierto status. El ambiente familiar de José era de estudio. La mitad de la casa familiar estaba ocupada por una inmensa biblioteca, donde los jóvenes se acercaban a los autores más leídos en esa época. Entre ellos, Julio Verne, Emilio Salgari, Hermann Melville, Daniel Defoe, Robert Stevenson y Joseph Conrad.

José, el menor de tres hijos, era un chico un tanto taciturno, aunque de los primeros en rendimiento, en la escuela. Era tranquilo, ordenado y bien parecido, por lo que gozaba del favoritismo evidente de las chicas, quienes, por todos los medios, procuraban hablarle, buscar su amistad y eventualmente algo más. José, sin embargo, no se salía de los libros, aunque a veces escribía poemas cuando se sentía atraído por alguna de ellas.

Pero, volvamos a los sucesos del río. José, que es un buen nadador, al acercarse a Cleto, cae en cuenta que ha sido



atrapado por el ramaje de un árbol, que en una crecida pasada, quedó clavado en el lecho del río. Cleto se está ahogando, porque no logra zafarse de la red vegetal que lo aprisiona. José, urgido por la desesperación de Cleto, intenta tomarlo por un brazo para ayudarlo a salir. Fue una decisión fatal.

La mano muriente de Cleto toma el brazo de José, se aferra de él y no lo suelta. José se rehace, intenta librarse y usa la otra mano. Pero todo es inútil, ha comenzado a hundirse. No puede desatarse de la fuerza agónica de Cleto. En cosa de segundos, José, quien pretendía salvar a Cleto, está ahogándose con Cleto.

Como todos los que inician su separación del mundo de los vivos e ingresan en el túnel de la muerte, José repasa rápidamente su vida. Qué atrocamente breve había sido. En un instante, anudando los momentos, vio la retrospectiva de toda su existencia.

Y en esa evocación de segundos, en todos los recodos, de manera tenaz, aparecía Sonia, la muchacha rubia de los ojos glaucos y de las mejillas con dos hoyitos en el centro. Ella fue quien le encendió el deseo sexual en la fiesta de la escuela. Ella había sido la primera blancanieves de sus días. Y también, el palpitar de los primeros sueños húmedos, de noche.

Sonia, dulce Sonia, Sonia mía, deliraba. ¿Por qué no estás aquí? ¿Por qué no vienes a mi casa, ahora que estoy solo? ¿Por qué no nos tiramos en la grama, para mostrarte el gusanito más bonito que hayas visto? ¿Por qué Sonia?

Cada año, en la fecha aniversaria, volvía la discusión sobre lo sucedido con Cleto y José. Era inevitable esa conversa. El retorno del tema sólo testimoniaba que la población había quedado marcada para siempre con el





caso. Las disquisiciones eran invariablemente las mismas todos los años: “les había llegado la hora”; “no hay nada más peligroso que auxiliar a un ahogado”; “cuando alguien se está ahogando, sólo puedes tomarlo por el pelo, de lo contrario, te ahoga”.

Cleto y José fueron amigos verdaderos, era la opinión dominante entre los vecinos.





Neblina

Aquella tarde, ya entrando la noche, don Mariano dio la acostumbrada vuelta por el pueblo y regresó a su casa. Las casas, que no eran muchas, a su paso, parecían inclinarse reverentes, como quien saluda a un viejo amigo. Esa misma noche murió.

Setenta y siete años atrás había llegado a aquel lugar. Entre los páramos de Macasay y Las Mesitas; más allá de Caño Tigre y Agua de las Flores; entre La Quebrada de los Fresnos y Piedra Negra, teniendo por el sur a San Antonio, a diez horas de camino y por el norte a San Rafael, a nueve. Es un soplo la vida, pensaba Mariano. Por más de tres cuartos de siglo había vivido en aquellos confines esteparios.

“Nadie sabe a dónde va, hasta que no llega”, se había dicho tantas veces. Cómo iba a pensar él, siendo joven todavía, que acabaría viviendo en aquellas montañas, sobre una meseta fabulosa, rodeado por la niebla, los cerros azules, aguas gélidas, vegetación exuberante, y a más de tres mil metros de altura. “La vida es un rompecabezas”, oyó decir a su abuelo alguna vez.

Tuvo que fugarse del Cuartel. Apenas había cumplido dieciocho años, cuando pasó “la recluta” por “Palo Alzao”, la aldea donde nació, y se lo llevó a la fuerza, con violencia, contra su voluntad, a pagar el Servicio Militar. En la instalación militar no le fue mejor. El pan de cada día era el maltrato, el





insulto y el castigo. Trató, pero no pudo. No resistía más. Le costaba mucho soportar el atropello. Y un día se escapó.



Buscó a Petra Aura, le contó su plan y se la llevó. Se irían al monte. A lomo de caballo, embarcados o a pie. Como fuera. Cruzando por entre fieras y ríos caudalosos. Venciendo las ventiscas. Donde nadie los conociera. A donde no fueran a buscarlo.

Así nació Neblina. Con una sola calle y figura de rombo. Veinticinco casas que correspondían a veinticinco familias fundadoras. Allí llegaron después, con parte de su parentela, Albino y Neptalí, amigos suyos fugados igualmente, que no pudieron escaparse con él. Y sus hermanos mayores, preocupados por su suerte.

Neblina comenzó a crecer, con la cría de vacas, gallinas y puercos. Después, vino el café, que soportaba las adversidades del mal tiempo y del terreno y que era bien cotizado en el comercio. Y finalmente, también por las demandas del mercado, se cultivó la papa, la zanahoria y el apio, las hortalizas y legumbres.

Eso sí, Neblina estaba completamente aislada del mundo. Y esto le hizo daño. Era su sentencia de muerte. Resultaba extremadamente duro sacar las cosechas hasta San Antonio o San Rafael a lomo de mula o a pie.

Mariano buscaba convencer a los jefes de familia. Argumentaba sobre las ventajas de quedarse en Neblina en comparación con la ciudad. Neblina significaba respirar aire puro, comer alimentos naturales y beber agua limpia, así como llevar una vida ordenada dedicada al trabajo y a los hijos. Sin embargo, era más fuerte la realidad. No los convencía.

Diez familias se marcharon en una primera oleada. Mariano quedó muy afectado. Se fueron dos hermanos y varios



sobrinos y sobrinas. Guardó silencio, se encerró durante varios días y apenas comió. No obstante, la vida prosiguió.

No pasó mucho tiempo para que ocurriera el segundo éxodo, esta vez fueron doce familias, lo que incluyó a su hija mayor, la que más lo conocía después de Petra Aura su mujer, la preferida suya, la de su más alta confianza, entre muchas razones por su responsabilidad en la administración de los negocios familiares; y porque, como detalle agravante, se llevó con ella a sus dos nietas más queridas.

Y al final, se fueron sus dos hijos, porque deseaban estudiar.

Y después falleció doña Petra Aura.

Mariano rumiaba su soledad en la ventana. La niebla ocupaba la calle. Sintió deseos de salir, pero se quedó paralizado. Por la calzada bajaba una mancha negra. Mariano se sobresaltó. Era un oso. Muchas veces escuchó del Oso Andino, Oso Frontino u Oso de los Anteojos. Sabía que su hábitat eran los bosques nublados y que no mataba para comer, que se alimentaba con frutas, hierbas y raíces. Jamás había visto a esa criatura. Y entonces pudo observarla con detalle.

Traje negro como el carbón, desde las patas hasta la cabeza. El pelo era largo y abundante. Su presencia oscura, sólo estaba interrumpida por las manchas blancas o amarillentas en la frente, en torno de los ojos, mandíbula, garganta y pecho. De complexión fuerte, su imagen sin embargo era pequeña, rechoncha, con cuello musculoso y hocico corto. La cabeza redonda con orejas pequeñas. Las patas eran anchas y mostraban cinco dedos con garras. La cola se encontraba escondida en el pelaje trasero.

No se había repuesto Mariano de la sorpresa del oso, cuando, por esos mismos días, apareció en Neblina “un





hippie”, una especie de vagabundo. Su inesperada presencia, pese a la vestimenta extravagante, inapropiada en el lugar, no sorprendió a Mariano. No le produjo temor. Tampoco rechazo.

El joven pelirrojo, de sandalias y mochila, cabellos largos y blusa de dril, dijo llamarse Alcides. Le explicó que se había extraviado en la persecución del Oso Frontino. Alcides, como por mano de Dios, resultó un alivio para los pesares del desolado Mariano.

El muchacho hablaba de paz y amor, un lenguaje que atraía a Mariano. Amaba la naturaleza, los animales, las flores, apreciaba la vida lenta de Neblina, al tiempo que criticaba el caos de la vida citadina, su poco humanismo y su falsía. Como Mariano, pensaba que la vida sana estaba en el aire puro, el agua limpia y los alimentos naturales. Alcides fue a la Universidad pero desertó, lo que también lo identificaba con él.

Pero Alcides tenía otros atributos. Apreciaba la vida sencilla, la frugalidad y gustaba trabajar la artesanía. De sus manos salían todas las prendas que usaba, aunque en Neblina aprendió a llevar abrigos y bufandas. Mariano observaba asombrado su habilidad manual, su inteligencia y su inventiva. Alcides era especialista en hacer “atrapasueños”.

- ¿Qué es eso, le preguntó una vez Mariano?

Alcides, entonces, le contó una historia asombrosa. Los Indios Sioux, pieles rojas de las praderas de América del Norte, inventaron este “amuleto de la buena suerte”, cuando comenzaron a ser atacados por los soldados que adelantaban la llamada Conquista del Oeste. Inventaron el “atrapasueños” como un instrumento de defensa, buscando escapar de las amenazas y peligros.





Con un aro procedente del sauce más anciano, hacían un anillo redondo dentro del cual entretejían una telaraña, urdida con pelos de caballo, cuentas y ofrendas, con la intención de atrapar las energías positivas y que pasaran de largo las negativas. El “atrapasueños” pendía de un hilo y por su posición colgante, generalmente, terminaba en el extremo inferior con una pluma india.



Alcides se iba por tiempos, pero volvía. Se fue y volvió, en muchas ocasiones. La fuerza telúrica de Neblina lo había atado. La noche que Mariano murió, sólo Alcides lo vio y habló con él en su agonía.

Mariano había sido todo lo feliz y todo lo infeliz que se puede ser en esta vida. Había pasado por lo dulce y por lo amargo. Cuando, con paso lento pero sin bastón, caminaba la calle de Neblina, miraba detalladamente cada casa: algunas mostraban el techo derrumbado y sus gruesas tapias desolladas; otras, luchaban por mantenerse en pie; y las menos, lucían lozanas como la niebla de Neblina.

Mariano, una vez más, estaba escrutando los portones, se fijaba en las aldabas y golpeaba con sus nudos la madera. Levantó suavemente la mirada, la posó en las ventanas y siguió hacia los balcones. Cada portón, cada aldaba y cada tabla, era una estampa de su vida. Por las celosías y barandales se paseaban las historias. Ahora, increíblemente, Mariano sintió frío. Mucho frío.

Sin tiempo de pestañear, chocó con “el negro Lucas”, un cultivador de cacao que se decía nativo de Barlovento, pero que nadie se explicaba cómo llegó a Neblina. El negro, con su sonrisa de marfil y sus ojos pícaros, era una fiesta. Esparcía de inmediato su alegría a los demás, erigiéndose, de hecho, en el animador de los contados saraos que tenían lugar en Neblina. La celebración comenzaba cuando llegaba Lucas.





Lucas se divertía y divertía a los invitados. Era un bailarín experto. El rey del escenario. Algunas muchachas buscaban la forma de bailar con él. Pero, otras un tanto tímidas, lo evitaban. Sin salir de los límites de su persona, Lucas era un espectáculo.

Los muchachos siempre estaban en el lugar donde se sentaba Lucas. La razón era sencilla: por su inagotable creatividad y experiencia, el negro les explicaba los trucos más efectivos para llevarse al bosque las muchachas.

Mariano se asomó a la carpintería de Antonio. El monte dominaba la casucha. La motosierra, otrora vigorosa, agobiada por el óxido, estaba inclinada, se había caído de la plancha. Entre las zarzas, semienterradas, podían adivinarse algunas herramientas como el serrucho, el cepillo, el formón y el martillo, cada una luchando por sobrevivir, en una competencia feroz con el aserrín ya convertido en tierra.

Cruzó frente al portal y vio a Berenice con el bebé pegado de los senos. En la pulpería se encontró con Gerardo, el alquimista del poblado pues era el fabricante de dos artículos muy importantes: “el jabón de tierra” y las velas.

Recostada en el mostrador estaba Esperanza, la mujer del diente de oro, una señora muy respetada por todos porque leía las cartas y exorcizaba a los vecinos que habían sufrido brujerías. Gerardo y Esperanza, en ese instante, estaban riéndose. Entonces cayó en cuenta que con ellos estaba “Pata e’ loro”, el primer chistoso del poblado.

Mariano se encontró de frente con “Domingo El Mono”, quien, como de costumbre, estaba comiendo chimó. En la esquina siguiente estaba apostado “Chuy Toribio”,



el borracho de Neblina, que en ese momento tocaba un pito. Y al final de la calle, como activado por una corriente eléctrica, cabeceaba Luisito... El cuadro era insólito, todos se habían ido, pero todos estaban.



Mariano no detiene su paso. Sigue caminando. Siente que todo le habla. Todo le dice algo. Neblina se encuentra en sus retinas. No hay nada de Neblina que no sepa o no recuerde. Neblina es el reino que creó su planta fugitiva. Neblina es la neblina que desaparece y aparece. Neblina es la neblina que se aleja. Que se esfuma. Que se va.

Neblina no existe.





Martín “Vendejarras”

Cuando tomó la pala entre sus manos, para mezclar cemento, agua y arena, se dijo a sí mismo “he regresado a la vida de albañil”. La pared que tenía al frente, lo invitaba. La ventana, que era un hueco todavía, se asomaba para verlo. Los bloques de color anaranjado, le mostraban sus surcos. Era una antigua visión, una estampa cotidiana, un recuerdo, aunque en esa mañana iluminada, que prometía día caluroso, no quedaba tiempo para entregarse a evocaciones. Sin embargo, pensó.

Siempre había hecho ese tipo de “mezcla”, miles de veces quizás, salvo cuando contaban con “el trompo”, una máquina de alto rendimiento, estridente y feroz. Había sido por muchos años, algo así como un experto del concreto. Ciertamente, conocía unos cuantos secretos de la construcción.

La “mezcla” era indispensable para las fundaciones y estructuras de las casas, para las placas, para el friso. En cada caso, eran combinaciones distintas. Unas partes de la construcción llevaban más cemento, otras más arena y el agua siempre guardaba proporción. En estas faenas, la cuchara era su compañera inseparable. Resultaba el remedio para todo. Y el cedazo también. Y la ropa de trabajo.

Pero, todo cambió para Martín cuando ganó el cuadro de caballos. “Martín metió seis caballos”, decía la gente. Se

.





supo que recibió mucho dinero, aunque nadie supo cuánto. Entonces sí, su vida dio un vuelco. Y esto se produjo de repente. Como todo en la vida ¿Qué se iba a imaginar él que sucedería eso, siendo, como era, un simple albañil?

Siempre le gustó la hípica. Lo atraía el juego de caballos. Además, era una buena oportunidad. A veces leía las revistas especializadas, entre ellas “La Gaceta Hípica” y “La Fusta”, que se encontraban en el negocio de la esquina, en el kiosco de Florentino.

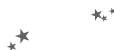
Sus compañeros de trabajo sí jugaban desde hacía años y apostaban duro, cultivaban ese azar y arriesgaban algo de dinero, sabían de la calidad de los jinetes y conocían el récord de cada caballo. Entre ellos, escuchó nombrar por primera vez a un “jockey” llamado Balsamino Moreira.

Sabía que sus amigos, opuestamente a él, estudiaban el juego. Sacaban cuentas con papel y lápiz en mano, se la pasaban buscando “datos”, se informaban de “los tajos”, mientras él solo jugaba por jugar.

Sin embargo, “pegó un cuadro” primero que ellos.

Martín vivió la niñez en condiciones difíciles. Según los vecinos del barrio “El Infiernito”, el tío Anselmo, quien se dedicaba al comercio, lo ocupó durante años como vendedor ambulante, motivo por el cual, cada día, el muchacho, que no pudo estudiar, salía a la calle cargado de ollas y jarras, tanto de aluminio como de peltre, en busca de los clientes. Esto no le producía mucho dinero. Pero le dio el apodo.

Al sobrevenir un gran auge de la construcción, el mozalbete volteó su mirada hacia la albañilería y con sus mayores inició el aprendizaje. Pero, para su desgracia,





sobrevino un imprevisto. En ese tiempo, en plena adolescencia, en el camino de hacerse hombre, Martín comenzó a sufrir una extraña inflamación de las fosas nasales, un síndrome que le atacó, principalmente, la parte izquierda de la cara.



Por alguna razón, el mal avanzó. La piel crecientemente tumefacta de la fosa nasal y del lado izquierdo del rostro, comenzó a despellejarse. Las alteraciones cutáneas tomaron tales proporciones que sobre la media cara amoratada, empezaron a verse las capas sobrepuestas de la piel, como cuando se corta una cebolla.

Naturalmente, en la calle las especulaciones echaron a rodar. Que se trataba de “un daño” que le habían hecho a Martín. Pero ¿por qué? contestaban. ¿Quién podría estarle cobrando algo a ese joven, que, para colmo, era huérfano de padre y madre? Entonces, decían que si el tío, que si la abuela. Y así seguían circulando las consejas.

Imperceptiblemente, fueron apareciendo las opiniones “científicas”. Para algunos, con la palabra autorizada que brindan los estudios, era una patología de lepra. Para otros, igualmente informados, lo de Martín era un cáncer de piel. De cualquier forma, Martín, ya adulto, no acudía al médico, no se daba cuenta de lo que ocurría consigo mismo o le restaba importancia a su dolencia.

Aunque María Antonia, una señora que vendía cosméticos y productos de belleza a domicilio, comenzó a propalar la noticia de que ella “había conocido a la mujer y a los hijos de Vendejarras”, la verdad es que la información nunca fue avalada por alguna persona seria y todo quedó como un comentario más sobre el personaje.

En la vida real, Martín era un ser solitario y amargado. Mientras los hombres se mofaban de él, las mujeres lo





eludían, le tenían miedo y lo miraban como a un sujeto grotesco. Convertido en una especie de “Quasimodo”, no salido de la pluma de Víctor Hugo, ni ubicado en el siglo XV, que no llevaba joroba pero sí una cara desagradable, se le tenía como un elemento más del paisaje, un integrante de la comunidad, pero, sin embargo, se le trataba de manera discriminatoria y humillante.

Obviamente, era un hombre sin familia, sin amigos, sin amor. Era un hombre solo. Que no hablaba. Que no sonreía. Que nadie buscaba su amistad. A quien nadie brindaba expresiones de cariño. Ni caricias. Su orfandad espiritual y afectiva, estaba fuera de la lógica social, que tiende al gregarismo y a la solidaridad. Esto explicaría, unos años después, su conducta atolondrada, cuando conoció el dinero y tuvo la posibilidad de darse todos los gustos que la vida le negó.

Por supuesto, por esas paradojas humanas conocidas, mucha de la gente que durante décadas lo despreció, en los años en que derrochó el dinero procedente del cuadro de caballos, se le acercó, le juró amistad, le manifestó aprecio y lo colmó de adulancias, gestos que desaparecieron, tan pronto Martín gastó el último centavo que tenía.

El extraño mal tomó la cara de Martín.

Y después le tomó la cabeza completa.

Fue por estos días, que Martín “pegó el cuadro de caballos”.

Desde el día en que cobró el premio en taquilla, hasta el día en que gastó el último centavo, Martín se fue de farra. Juerga larga. Sin reposo. Tres años de parranda loca.





La prolongada fiesta, le permitió ingresar en un mundo del que había oído hablar, pero no conocía. Era una galaxia diferente. En ese trienio, Martín decretó la abolición del tiempo y sin convertirse en sátiro, se hizo sibarita. Y sobre todo, poseyó muchas mujeres. Todas las mujeres que soñó tener. Y de a montón cuando hizo falta.



La vida nocturna, rociada de whisky, ocupó totalmente sus sentidos. En algunas ocasiones, visitaba bares de conocidos suyos, en donde, cada noche, presentaban en vivo, grupos de música típica, con arpa, cuatro y maracas. Entre sus lugares preferidos estaba la peña llanera llamada “Bar Capanaparo” A su entrada al establecimiento, como si tocara diana, Martín ordenaba un brindis para todos los presentes.

Pero, por los caminos de la noche, también se encontró con proxenetas, maricas, lesbianas y gamberros. Y también con prostitutas. Pero, con éstas le fue bien. Siempre más humanas, le brindaron amor.

Se hizo asiduo de centros como el “Moulin Rouge”, el “Londres” y el “Taboga”. Se convirtió en “cliente” de Soraya, de Marcia y de Catalina. Soraya, de ojos persas, lo ataba con su mirada dominante. Marcia era su “maja londinense” y la morena Catalina era el huracán entre las sábanas. A todas complació. Y con todas fue feliz.

Pero, Carmiña lo marcó. Dejó huellas en Martín. Tan vulnerable, tan indefensa, tan sola, le parecía una gacela en medio de los leones. Se identificaba con ella en el silencio. Era terrible su fragilidad. La sabía sufriendo. Y además, la sabía huérfana, como el hijo que dejó internado en un colegio de Pamplona, a quien deseaba tener con ella, pero que, por imperativo de su oficio, prefería tener lejos.

Carmiña le había llegado hondo, le arañaba el alma. Tal vez, por perdedora. En sus momentos de lucidez, Martín





se consideraba perdedor, aunque todos le repetían a cada paso que era un vencedor.



El automóvil último modelo que compró, lo destrozó. Siguió con vida y contrató los servicios de un taxista experto. Le ordenó “estar siempre disponible”, sin condición ni tiempo. Y así siguió botando el dinero.

Cuando Martín regresó del “viaje” parrandero, se tumbó en la cama y durmió como si hubiera muerto. Al tercer día, resucitó entre los vivos, se dio cuenta que tenía la ropa puesta y que la corbata lo ahogaba. Como pudo, se sentó al borde la cama.

La habitación era un desastre, una fotografía de su vida frenética. En el piso, sobran las botellas, los cigarrillos y las “colillas”. La ropa, rodando en los rincones, mostraba un revoltillo mugroso. Era una danza sorda en que bailaban calcetines, pañuelos, camisas, pantalones, calzoncillos y zapatos, en la famélica presencia del perro que eternamente le hizo compañía.

No se le había calmado la nostalgia. La tristeza postetífica punzaba sus sienes. Seguía con la cabeza revuelta. Estaba deprimido, confundido, extraviado. Zarandó la pelambre varias veces. Se sacudió los brazos y las piernas, para sentir el flujo de la sangre. Necesitaba el equilibrio emocional, más que la frecuencia cardíaca. Pero nada lo calmaba.

De pronto, levantó la mirada y divisó la ardilla. Martín la había visto antes, en el samán del patio. Estaba parada en la ventana. Parecía segura en el alféizar, con sus patas fijas en el borde. Sin embargo temblaba, nerviosa, inquieta, insegura, como si fuera a brincar para algún lado.



Martín, que venía de conocer el mundo de las criaturas dulces, se recostó en la cama, acomodó la almohada y decidió disfrutar de aquella diosa: no medía más de veinte centímetros su cuerpo, era de pelaje poblado, sus ojos eran penetrantes, negro rojizo el espinazo y blanco el vientre, y terminaba en una cola impresionante, que le sobrepasaba la cabeza si la echaba hacia adelante.

Martín se dijo en silencio: “la vida es linda”.

Cuando la ardilla saltó al árbol, Martín se había calmado.

Martín vivió por varias décadas, hasta que el cáncer de piel lo mató.





María

I

Aquella tarde fue tarde de toros, pero trágica, una mala tarde. Ceferino, como era su costumbre desde los años de becerrero, estaba lidiando con toros cimarrones, matreros, de esos que se resisten fieramente a la domesticación representada por la soga. En medio de la lucha, fue cogido por un toro barroso de pitones agudos que lo lanzó por el aire hasta hacerlo caer sobre el polvo entre los gritos de la peonada. Eso había ocurrido otras veces. Pero, esta vez fue distinto. Ceferino después contaría la historia.

El cuerno del toro penetró el escroto, esa vulnerable piel que cubre los testículos y logró romperla. De hecho, vació uno de ellos, arrastrando, además, algunas membranas circundantes. El cuadro era patético. Sus ayes de dolor se esparcían por la sabana arrastrados por el viento, conmovían a la gente e incluso a la vacada, mientras la sangre fluía peligrosamente. No había tiempo que perder.

Allí mismo, en el centro del patio, se improvisó un quirófano y a punta de cuchillo pasado por candela, sin anestesia y con tierra como coagulante, con sólo un trapo apretado entre los dientes, Ceferino fue sometido a una intervención quirúrgica insólita, para retirarle la parte desgarrada, lo que después de la sutura, dejó a Ceferino con un solo testículo.





La voz de lo que había ocurrido, recorrió prontamente la comarca. Las faenas de la llanura, rudas de por sí, curten de tal manera a estos hombres que la sobrevivencia se convierte en un duelo permanente con el medio, un escenario de hazañas, especialmente en los casos de enfrentamiento con toros y caballos salvajes. Ceferino, después de lo ocurrido, hizo fama de hombre “cuatriboleado”, lo que no dejaba de ser una paradoja.

2

El baúl era prácticamente un cofre, como esos que aparecen repletos de alhajas en las películas de piratas y corsarios. Se decía que había sido comprado en Curazao, aunque igual pudo serlo en Trinidad, Jamaica, Haití, Puerto Rico u otro atolón del Caribe, refugios de bucaneros, islas con las que, históricamente, aquellos territorios de la llanura habían mantenido relación comercial, a través de los ríos Orinoco y Apure, en una actividad de cabotaje que, pasando por Ciudad Bolívar y San Fernando, había terminado teniendo como centro la villa de Puerto de Nutrias.

En estos vastos pastizales de la tierra llana, según la leyenda, Florentino cantó con El Diablo y le propinó una derrota. En la batalla librada por Cantaclaro contra el demonio, al pie del arpa, el poeta intentó personificar a través del diablo al incipiente capitalismo mercantil que, aguas adentro, comenzaba a penetrar en los llanos y con Florentino, por el contrario, encarnó la resistencia, el rechazo a las formas extrañas y la defensa de la cultura autóctona.

Pero, dejemos que sea la canta la que lo diga: “...Ese es el diablo compadre/ la voz por la sala cruza/ Mírelo como



llegó/ con tanto barreal y lluvia/ planchada y seca la ropa/
sin cobija y sin montura/ Dicen que pasó temprano/ como
quien viene de Nutrias/ con un oscuro bonguero/ por el
Paso de las Brujas...”



El baúl estaba en el centro de la habitación. Setenta centímetros de largo por cincuenta de alto y cincuenta de fondo. Madera dura, posiblemente roble, con tapa cóncava, impecablemente forrado en cartón repujado, con varias chapas de cobre y figuras de cuero; dos asas en los extremos; ornado con media docena de cintas de madera que resaltaban su elegancia y por su cara principal el orificio de la llave, por encima del cual estaba una pequeña agarradera que facilitaba levantar la tapa. Impresionaba su presencia maciza, categórica, subyugante. Sobre todo, su morenez. Era tan intensamente oscuro que lucía tostado. El cofre parecía que había sido horneado.

3

La tía Emilia tiró ruidosamente el portón y se oyeron sus tacones que caminaban rápidamente hacia adentro, como si algo estuviera apurándola. Ella siempre caminaba así. Nerviosamente. En realidad era hiperquinética. No se quedaba quieta ni un momento.

Don Pablo, comerciante y Doña Emilia, señora de su hogar, fundaron aquella familia décadas antes y trajeron a la vida diez hijos, cinco varones y cinco hembras. Los varones fueron Francisco (“Pancho”), Juan, Ismael, José María y Ramón. Las tías eran, aparte de “Emilita”, Julia, Enriqueta, Ana Josefa y María, quienes agradecían mucho la inquietud de la “tía Ita” (otra forma de llamarla), porque aquellos eran tiempos duros.





“Emilita” salía a la calle cargada de “ventas”, “confituras” o “dulces caseros”, es decir, panecillos, tabletas, empanadas dulces y regresaba igualmente cargada, pero con arroz, plátanos y caraotas negras. El trueque era la forma más común de intercambio porque allí no circulaba signo monetario. Ellas no contaban en la casa con un hombre que se ocupara de las relaciones con el mundo exterior. Siempre se las arreglaron solas, salvo en los tiempos en que se mudó con ellas el sobrino José Gregorio.

Por alguna razón o sinrazón, las tías no tuvieron suerte con los hombres. Julia, la mayor, se casó y desapareció. Un señor acaudalado estuvo enamorado de otra de ellas pero finalmente contrajo nupcias con una vecina. Un coronel de renombre cortejó a otra de ellas, pero se esfumó igualmente. Ana Josefa no tenía oportunidad porque era sordomuda. Y la tía María, la menor de todas, casi desde niña, era novia de Ceferino.

Todos, tanto fundadores como descendientes de la familia, murieron del corazón. Doña Emilia, la matrona de la casa, relativamente joven, partió cuando María y José María fueron enviados a Guanare a proseguir estudios. Parecía, por otra parte, que Don Pablo, un hombre de carácter fuerte y pocas palabras, según la impresión familiar, nunca había visto con simpatía la relación de María con Ceferino.

Los tíos no pudieron llegar a su destino. En el denominado “Paso Baronero”, un lugar por donde las cabalgaduras y carretas, a duras penas, cruzaban el caudaloso río Portuguesa, fueron detenidos por el correo que, a lomo de caballo, trajo la noticia: Doña Emilia había sufrido un ataque cardíaco.

Por estos tiempos, sin omitir la guerra, la población era diezmada por la malaria y el mal de chagas. Estos



males constituían la peste negra, por esos lares. En aquel poblado, las casas, salvo contadas excepciones, eran una estructura de bahareque con techo de palma, lugar donde anidaban los chipos por millares, portando el tripanozoma cruzi, bacilo que inoculaba el mortífero chagas.



4

La tía María era, como se dice en la lengua popular, genio y figura. Personalidad recia. Era, de hecho, algo así como el hombre de la casa. María levantaba la voz, daba órdenes, imponía respeto. Eso sí, con justicia, porque según ella decía, “el carácter, si no es justo, se convierte en un azote”.

“¿Cuándo se ha visto a una mujer en la calle después de las seis de la tarde?”, era una de sus exclamaciones frecuentes. Y ciertamente, al menos ellas, en su cotidianidad, eran unas mujeres enclaustradas. “Yo soy como mi abuela, mujer de un solo hombre”, decía otras veces. Y ciertamente el único hombre que se le conoció fue Ceferino. Y siempre repetía una frase que, la verdad sea dicha, se encargó de cumplir fielmente: “Ceferino entra en esta casa el día que se case conmigo”. Y así fue.

Finalmente, después de treinta años de amores, se casaron María y Ceferino. Ya no eran unos muchachos. Ceferino había sufrido el accidente y María había superado la edad adecuada para embarazarse. Y se negaron a adoptar un hijo porque, según sus expresiones, querían un hijo que fuera de ellos realmente. Así, felizmente, concluyeron ese noviazgo insólito que, propios y extraños, recordarían siempre con Ceferino parado del lado de la calle, conversando con María, que estaba sentada en la ventana, adentro de la casa.





La tía Emilia cruzó la sala y pasó frente al retrato de Julia que permanecía colgado en la entrada, como dando la bienvenida. Julia era, de acuerdo con la opinión de la mayoría, la más bella de todas las tías. Emilita, como era habitual, pasó frente al nicho de Santa Lucía, persignándose y musitando una oración. Santa Lucía, según la creencia dominante, protegía la vista de sus devotos. Edelmiro, uno de los vecinos de la cuadra, perdió la visión porque “nunca rezó un avemaría” a Santa Lucía.

Emilita cruzó el patio y siguió por el pasillo rodeado de “matas de cera” y se detuvo junto al aguamanil, una de las joyas de la casa, jarra de pico y ponchera con motivos vegetales estampados, todo muy lleno de colorido. Nadie supo de dónde inventó el tío Ismael que la pieza había sido traída de Pontevedra, muchos años atrás.

Más adelante estaba “el filtro de piedra”, otra prenda familiar, consistente en un mueble alto de madera, en cuya parte superior estaba una piedra, en función de cuenco tamizante, por donde pasaba el agua, hacia una vasija recipiente, en la parte inferior. No era concebible sin aquellas dos piezas esa hermosa casona, una vivienda de aire hispánico, techo alto, iluminada, espaciosa, ocupada en casi todos sus ambientes por butacas de madera, que la gente llamaba entonces “muebles de paleta”.

Finalmente, Emilita llegó al cuarto donde se encontraba el baúl. Allí estaba, imponente como era. Ella sacó la llave presurosamente y la introdujo en la ranura. El baúl se abrió y mostró lo que guardaba. Todos los objetos valiosos de las tías estaban allí. Cobertores, sábanas, trajes, blusas y faldas bordadas, chales tejidos para ocasiones especiales,



algunos zapatos y varias “morocotas”, unas monedas de oro muy apreciadas en aquella época.



Las prendas estaban olorosas. El aroma de albahaca, según la costumbre de esos años, evitaba que la ropa, en el encierro del baúl, tomara un tufillo de madera.

Emilita buscó y rebuscó en el fondo del cajón, hasta que encontró lo que deseaba. Ahí estaba el traje de novia de María. El mismo de la Iglesia, el día que se casó con Ceferino. El tocado que usó en la boda también estaba allí. Todo se encontraba intacto. Emilita sentía como si estuviera repitiéndose la boda.

María, después del almuerzo, había sido atacada nuevamente por “las palpitaciones”. La taquicardia era un miembro más de la familia, desde hacía mucho tiempo. Esa misma tarde, María murió.

Y la “tía Ita”, con los brazos metidos hasta la mitad en el baúl, recostó la cabeza en el borde y tuvo que llorar: la última voluntad de María había sido que la enterraran con su traje de novia.

Y quién era la persona que iba a contradecir a María después de muerta?





Moctezuma en Teotihuacan

No imaginaba Moctezuma Xocoyotzin, en medio de las terribles tribulaciones que ahuyentaban su sueño en las últimas noches, que lo peor era lo que estaba por venir. Obseso, deprimido e impotente, el monarca azteca, otrora dueño de todo, hasta de la vida de los pueblos que estaban bajo su dominio, se sentía aturdido, extraviado, indeciso. Nunca sus pasos fueron más inseguros, titubeantes y confusos.

Su más fustigante tormento era el no entender la ineficacia de los dioses mexicas frente a unos cuantos hombres traídos por el mar, montados a caballo y armados de arcabuces. Pero, al mismo tiempo, en ese angustioso junio de 1519, se devanaba los sesos preguntándose si aquellos eran los signos anunciadores de que “el dios de la sabiduría”, Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, estaba de regreso, tal como juró, después de su confrontación con Huitzilopochtli, “el dios de la guerra”.

En los últimos años, los aztecas habían presenciado fenómenos inquietantes, ominosos, amenazantes. Un cometa había cruzado el cielo en pleno día. El templo de Huitzilopochtli había sido consumido por el fuego. Tenochtitlan, la capital del imperio, se había inundado. El propio rey Moctezuma, había sufrido pesadillas, en las que había visto hombres extraños, violentos, sanguinarios.





En uno de estos episodios oníricos, Moctezuma vio a Cuauhtémoc, desnudo, tirado en el suelo, ensangrentado, rodeado de hombres con rostro patibulario que portaban armas y que le propinaban una golpiza, sin que pudiera defenderse, salvo los insultos y escupitazos que les lanzaba. Era una sesión de tortura. Se trataba de hombres cobardes, crueles, desalmados. No conocían la misericordia.

Moctezuma, a través del velo opaco de los sueños, observó que los despiadados torturadores preparaban una paila de aceite, la expusieron al fuego, a muy altas temperaturas, hasta que el líquido comenzó a hervir. Entonces, dos de ellos, a empellones, trajeron a Cuauhtémoc, que tenía la cara amoratada y el cuerpo herido y lo obligaron a meter los pies en la grasa ardiente.

El óleo abrasivo, salpicado con los insultos e improperios de los canceberos, empezó a quemar las plantas de Cuauhtémoc. El joven caudillo azteca soportó estoicamente los suplicios, al tiempo que rechazaba las tenaces preguntas sobre el lugar donde Moctezuma guardaba sus tesoros.

Finalmente, Moctezuma vio cuando ahorcaban a Cuauhtémoc, después de hacerlo caminar encadenado por la superficie del mar. Aquella premonición espantosa, en la que aparecía intermitentemente la figura de Pedro de Alvarado, lugarteniente de Hernán Cortés, a quien conoció después, nunca se iría de su memoria.

El imperio azteca se había consolidado a lo largo de los siglos. Articulado en “provincias”, con una sólida administración central, dotado de un sistema tributario exigente, se encontraba en pleno esplendor a mediados del siglo XV de nuestra era.





La ininterrumpida política expansionista había dado resultado. La Triple Alianza (incluía a Texcoco y a Tlacopan), había dejado grandes beneficios. Lograron anexarse a Tlatelolco y Coixtlahuala. Y, simultáneamente, destruyeron a capitales rebeldes como Chalco y Tepeaca, mientras mantenían en asedio permanente a Cholula.



Todo el Altiplano de Anáhuac era territorio azteca, desde la franja meridional de Michoacán hasta el Golfo de Tehuantepec, lo que equivalía, en términos actuales, a los estados de Guerrero, Hidalgo, Puebla, Oaxaca y parte de Veracruz, entre otros.

Sin embargo, no habían podido doblegar los señoríos de Tlaxcala y Huijotzingo, territorios independientes. Los tlaxcaltecas, especialmente, resistían con bravura la dominación azteca. Este dato, con el correr de los acontecimientos, resultaría fatal. Tampoco habían tenido éxito en Nicaragua y Guatemala, áreas de su influencia comercial.

El sojuzgamiento de territorios y pueblos suministraba a los reyes mexicas decenas de esclavos, cobros de tributos y vidas para sacrificar a los dioses, que, en determinados períodos, enfurecidos, desataban hambrunas, epidemias e inundaciones.

Quetzalcoatl, el dios teotihuacano revivido por los toltecas y venerado por los chichimecas, de los que formaban parte los aztecas, siempre les había dado protección. Y ahora, cuando más lo necesitaban, los abandonaba ¿Sería, acaso, que los dioses de los hombres procedentes del mar eran más poderosos que Quetzalcoatl?

.





Esta duda atormentaba a Moctezuma. Lo torturaba. Le infundía miedo. Tenochtitlan, metrópoli fortificada del imperio, emplazada en el Lago de Texcoco, corría el riesgo de ser destruída por los invasores. El enemigo extranjero había logrado sumar a los belicosos tlaxcaltecas y a su líder, el aguerrido Xicotencatl.

Moctezuma, por otra parte, se asombraba ante a la presencia de ese animal imponente que era el caballo. Se sorprendía así mismo, por los estragos que producían entre sus guerreros, aquellos forasteros armados de ballestas, piezas de artillería y falconetes, instrumentos de guerra desconocidos por sus combatientes.

Sabía así mismo, que el líder invasor, contaba con los consejos cercanos de Malinalli, Malina o Malitzin, mejor conocida como Malinche, joven india amancebada con él, que tuvo un hijo suyo y que dominaba las lenguas náhuatl, maya y el castellano, lo que la convertía en un magnífico agente político y diplomático, para las negociaciones del extranjero con los grupos indígenas autóctonos que rechazaban la hegemonía azteca.

En efecto, Doña Marina, como la llamaba Hernán Cortés, junto con Jerónimo de Aguilar, que hablaba perfectamente el maya y el castellano, y hombres diabólicos como Pedro de Alvarado, jugó un papel clave en el desenlace acaecido. “Después de Dios, le debemos la conquista de la Nueva España a Doña Marina”, llegó a afirmar Cortés, según los escritos dejados por los cronistas.

Malinche entregó a los conquistadores españoles información privilegiada. Sobre las disputas y conflictos entre unas ciudades y otras; organización económica; costumbres; orden y sucesión de los reinos; sacrificios humanos de los vencidos; formas habituales de tributo y reglas en las relaciones familiares.



Sin embargo, aunque Cortés, frente a unos pocos millones de aztecas, contó con once navíos, ciento diez marineros, quinientos ocho infantes, treinta y dos ballesteros, trece arcabuceros, dieciséis caballos, diez piezas de artillería y cuatro falconetes, entregados en La Habana por el gobernador Diego de Velázquez, tuvo principalmente a su favor factores decisivos: el apetito hispánico del oro, la oleada de viruela desatada entre los aztecas y la aplastante superioridad militar.



Sobre estos condicionantes fundamentales, actuaron los otros: el rol de Malinche, el odio de los tlaxcaltecas y la espantosa confusión de los líderes aztecas, fenómeno que llevó a Moctezuma a colmar de presentes a Cortés creyéndolo Quetzalcoatl.

A la medianoche del 20 de junio de 1520, en la celebración de la fiesta del dios Toxcatl, los aztecas fueron masacrados a mansalva por Pedro de Alvarado, cuando, ataviados con plumas y joyas preciosas, repetían sus danzas rituales en la plaza central. El levantamiento azteca, liderado por el valeroso Cuauhtémoc, fue inmediato.

Cortés, entonces, con su taimada vileza, intentó negociar usando al rehén Moctezuma como mediador. Moctezuma buscó hablarle a su pueblo. La multitud enardecida, en protesta, lo apedreó. Y Cortés tuvo que iniciar una penosa retirada hasta encerrarse en Tlaxcala, perdiendo en el trayecto centenares de hombres. La combatividad azteca había descalabrado seriamente a la soberbia insular.

Teotihuacan, “el lugar donde los hombres se convierten en dioses”, donde comenzó la creación del mundo, es un área de veinte kilómetros cuadrados de superficie y cien





mil habitantes; es la ciudad sagrada, el centro ceremonial, especialmente edificado para el encuentro con los dioses.



En el conjunto arquitectónico destacan las Pirámides del Sol y de la Luna, con sus amplias plazas; la larga Calzada de los Muertos que comunica a ambas; las habitaciones de los sumos sacerdotes y los muros pintados de jaguares que están en el trayecto; y al final, el Palacio y el Templo de Quetzalcoatl, la deidad suprema.

Moctezuma necesita agónicamente comunicarse con Quetzalcoatl. Solicitar su consejo. Preguntarle el por qué de los acontecimientos recientes. Sabe que tiene que hacerlo en Teotihuacan. Siempre fue su recurso extremo.

Pero, Moctezuma se siente mal físicamente. Un malestar corporal lo invade. No sabe qué es. Y no quiere morir aún. Aunque su cuerpo no presenta pústulas, nota que tiene fiebre. Tal vez, ha sido el contacto con los españoles. Ellos trajeron la epidemia de viruela contagiosa que tiempo después mataría a Cuitláhuac y a miles de aztecas.

En un instante, Moctezuma cruza la ciudad santa. Sus pies vuelan por la Calzada de los Muertos y se introduce en el túnel de la Pirámide del Sol. Había hecho tantas veces la ruta, no recordaba ya la cantidad de ocasiones en que había recorrido esa catacumba, siempre al encuentro de Quetzalcoatl. Caminó rápidamente un poco más de cien metros.

En el fondo profundo de la Pirámide del Sol, en la base subterránea de máxima energía telúrica de aquella mole espiritual, en el lugar más recóndito y oculto de Teotihuacan, está asentada la plazuela, con altar brillante, en donde se prosterna Moctezuma para platicar con Quetzalcoatl.

Moctezuma ha sido un rey de poder teocrático que ahora, por virtud de los sucesos, acude nuevamente



ante su Dios. Está desesperado. Se arrodilla, se postra, se humilla ante Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, el Todopoderoso, el Supremo Hacedor.



Moctezuma había venido antes al oratorio, en tiempos de sequía, a solicitarle el milagro de la lluvia. O cuando aspiraba mejores cosechas. O cuando necesitaba apoyo para aplastar las rebeliones de las tribus vecinas encrespadas y levantiscas. Moctezuma siempre necesitó de Quetzalcoatl. Y Quetzalcoatl siempre lo apoyó.

Sin embargo, ahora venía a rogar a su Dios en condiciones distintas. Las pasadas veces se había presentado como vencedor. Ahora, ya designado Cuitláhuac como nuevo monarca por la aristocracia sacerdotal gobernante, venía derrotado.

Moctezuma, con la mayor devoción, imploró a Quetzalcoatl

Pero, Quetzalcoatl, esta vez, no vino a aconsejar a Moctezuma.



